

que europeos o norteamericanos establecen con América Latina. Sin olvidar la otra cara:

«El desprecio a rajatabla y sin mayor análisis del capitalismo anglosajón, el de Calibán, unido a una especie de nacionalismo continental y de raíz supuestamente “latina”, redujo nuestra capacidad de análisis y de autocrítica rigurosa. Nos convertimos en el continente de la autocomplacencia, de la vaguedad, de la palabrería, y pareció que siempre habíamos sido así» (p. 287).

De estas páginas también emerge un Chile singular, de mujeres como «Madame Errázuriz», que conoció a todas las figuras de la vanguardia europea, de Apollinaire a Stravinski, y quien no vaciló en apoyar económicamente a Picasso y Blaise Cendrars, cuando tuvo dinero y cuando era original y altruista hacerlo así.

Fragmentos, en ocasiones, de sus futuras memorias, al referirse a sus compañeros de generación (el poeta Teillier, el dramaturgo Jodorowski) o esbozos documentales de los temas que tratara en sus novelas, como el de Fausto, este libro hace honor a una ya larga tradición latinoamericana de cronistas cosmopolitas que desde nuestro padre Rubén Darío recorrieron países y gente con alerta enfoque y solvente cultura. Nos permite vivir en muchos mun-

dos pero también nos impide olvidar que quien lo escribe es un chileno ciudadano del mundo. Su madurez, quien lo duda, es también la de su país.

**Juan Gustavo Cobo Borda**

**Desde un punto de vista lógico,** *Willard Van Orman Quine, segunda edición revisada con un nuevo prólogo del autor, traducción de Manuel Sacristán, prólogo a la nueva edición española de Jesús Mosterín, Paidós, Barcelona, 2003, 258 pp.*

Tras la segunda edición de 1961, Quine ha lanzado esta versión de su ya clásico libro, en 1980. Estas fechas señalan que perdura una suerte de breviario del formalismo lógico y su definición dentro de los espacios de la filosofía del siglo XX. Se trata de analizar el lenguaje desde el lenguaje, en su inmanencia funcional, prescindiendo de su dimensión referencial. No importa tanto lo que realmente existe —una de las obsesiones de la metafísica desde que existe tal cosa— sino aquello que tiene la existencia que convenimos reconocerle por medio del lenguaje, que siempre es determinado lenguaje, determinada lengua.

La pura forma lógica del mencionado lenguaje tiene un fondo de tautología. Wittgenstein, entre tan-

tos, ya lo advirtió y, con ello, planteó la necesaria relación de la palabra con el ser, es decir no la lógica del decir sino su ontología. En efecto, las palabras pueden reconocer géneros de objetos que pertenecen a su afuera, pero también pueden significar algo que no nombran. O sea: son dadoras de ser y esto las compromete ontológicamente.

Quine no saca los pies del tiesto pero advierte que, más allá de los límites impuestos a su investigación, hay otra cosa. Por eso, se libera del dogmatismo positivista lógico que evita las preguntas sin respuestas y la lógica de lo inefable o lo infinito. Porque inefable e infinito también son palabras y otorgan alguna calidad de ser a ciertos objetos, motivos o no de experiencia sensible. Hay enunciados analíticos y compromisos ontológicos, como el mismo Quine los define. Y hay la naturaleza de lo lógico, que ha de ser observada desde fuera, desde una instancia epistemológica que le vale de fundamento pero también de crítica. No hay palabra que no esté sometida a la crítica de otra palabra y así sucesivamente. Podemos fijar límites a la disciplina verbal que practicamos, pero no al medio –ambiente e instrumentos– en que actuamos, el lenguaje.

**B. M.**

**Los libertadores: la lucha por la independencia de América Latina 1810-1830**, Robert Harvey, Barcelona, RBA Libros, 2002, 572 pp.

Esta obra, cuyo original inglés se publicó en 2000 con el título de *Liberators*, narra la gesta de los venezolanos Miranda y Bolívar (toda la primera mitad del libro), el argentino San Martín, el chileno O'Higgins, el mexicano Iturbide, el escocés Cochrane y el portugués Pedro de Braganza, Pedro I. Esta es la gran sorpresa: que a los libertadores hispanoamericanos se les haya añadido el gran marino y pirata británico así como el primer Emperador de Brasil. Ello, claro está, nos ensancha considerablemente el panorama a los hispanohablantes acostumbrados a aprender, a nivel escolar, solamente las historias más específicamente nuestras con planes de estudio que otorgan una importancia desmesurada a personajes europeos no siempre comparables con los «añadidos» antedichos. Harvey, claro está, trata también con cierta abundancia de otras figuras importantes de las guerras de la Independencia, como los venezolanos Páez y Sucre. Pero la mayor contribución para el público lector hispanoamericano es la biografía increíble de Pedro I que, además de una colección de sabrosos episodios anecdóticos, deja el recuerdo de una lección de sabiduría política. La historia escolar se

escribe centrándola en grandes personajes, para mejor adaptarse a la psicología del niño y del adolescente. La historia científica se centra en hechos y épocas, en el trasfondo económico e ideológico, en resumen, en todo lo que va más allá del individuo, por importante que éste sea. El norteamericano Harvey, si bien aparentemente sigue el primer modelo, acopla a cada personaje importante un arsenal de datos históricos que proporcionan un marco propio del segundo modelo. No es ello el menor encanto de su libro. El retroceso temporal que implica la inclusión del trasfondo histórico es también la causa de que la narración empiece con la vida novelesca de Miranda, el precursor.

Los norteamericanos son expertos en hacer agradable una lectura científica; basta comparar sus publicaciones científicas sobre arqueología, por ejemplo, con las de otra lengua como el alemán, para ver hasta qué punto las primeras permiten una lectura más corrida, sin la interrupción de larguísimas notas eruditas, etc. Tanto más visible serán esas cualidades en este libro que cita (de la larga bibliografía colocada al final) solamente el mínimo absoluto, con la intención de hacer obra científica pero de divulgación. Del mismo tenor son también las otras obras recientes del autor sobre temas relacionados con este: una biografía del marino escocés (*Cochrane: The Life and Explits*

*of a Fighting Captain*) y otro sobre la guerra de independencia norteamericana (*A Few Bloody Noses – The Realities and Mythologies of the American Revolution*). Detrás de la reconstrucción de un episodio, una campaña militar o una vida, se adivina a un historiador muy ocupado por mantener el equilibrio de la objetividad, por evitar que el brillo de la anécdota haga pasar a segundo plano la importancia de la persona o de su acción, y todo ello sin dejar de presentar siempre, sobre todo a modo de balances parciales, las opiniones claras de quien, con sus estudios minuciosos, tuvo ocasión de formárselas y fundamentarlas. El conocimiento de Harvey no es puramente libresco sino también de viajero, observador atento de climas y geografías, lo que le permite seguir la huella de los Libertadores por todos sus paisajes. El libro, de lectura absolutamente recomendable, va ilustrado con seis mapas; en la edición española (bien traducida) faltan, sin embargo, las 38 fotos del original inglés.

**Amorável Copacabana**, *María Augusta Machado, Río de Janeiro, César Medeiros, 2002, 110 pp.*

Machado es una museóloga brasileña que, antes de retirarse de la vida laboral, realizó diversos pro-

yectos y publicaciones de contenido histórico y folklórico, particularmente sobre religión popular. Su vinculación personal de decenios con el vecino país de Bolivia parece haber sido el factor desencadenante de esta última obrita suya que vincula, por su nombre, una famosa zona de playas de Río de Janeiro con el también famoso santuario preincaico situado en una isla de la parte boliviana del lago Titicaca. En este segundo lugar, el ídolo del templo isleño de Kopacawana representaba a un ser mitad pez y mitad humano. Los incas sustituyeron su religión por la del sol. La divinidad nativa de la fecundidad fue asimilada luego sincréticamente por los españoles a la Virgen cristiana. Nuestra Señora de Copacabana fue una de las dos vírgenes morenas más famosas del continente (la otra fue la mexicana de Guadalupe), y el templo prosperó como centro de peregrinaciones; la Virgen alcanzó fama de milagrera, y el descubrimiento de los fabulosos yacimientos de plata de la vecina región de Potosí llevó mucha riqueza también al templo andino. Mucho tiempo después, en la época en que el reino de Portugal estuvo unido al de España por la fusión dinástica (1580-1640), se construyó en las afueras de Río de Janeiro (San Sebastián del Río de Enero) una modesta ermita dedicada a Nuestra Señora de Copacabana; en el siglo XIX se fundó una hermandad del

mismo nombre; con el tiempo, el nombre biensonante pasó a designar la zona misma. El templo actual se inauguró en 1919, pero no llegó a ser nunca un centro de peregrinaciones. Curiosamente, el culto de la Virgen boliviana no había llegado directamente del país vecino sino de Portugal, donde se la veneraba como Santísima Virgen de las Indias. Al Brasil la llevó un rico cristiano nuevo.

Luego de reseñar el desarrollo inicial de las dos zonas que comparten el topónimo de Copacabana, Machado dedica varios capítulos a comentar las novedades que se fueron introduciendo en el sitio brasileño a lo largo de los siglos, e ilustra algunos de estos avatares con dos pinturas de la acuarelista carioca Anna Vasco (1881-1938). Otro avatar va ligado a la palabra «bonde» que se creó en la época de los primeros ferrocarriles para designar el billete (del inglés «bonds» porque las primeras empresas fueron británicas) y luego los vagones mismos de tren o tranvía; quizás la autora no sepa que el término pasó a Argentina en la variante «bondi» para designar el tranvía, cosa que tampoco sabrán probablemente los argentinos contemporáneos. Finalmente, el culto de la virgen morena se vinculó en los años 50 con la colonia boliviana residente en Río de Janeiro. A título de epílogo, un boliviano residente en Brasil (José Luis Guzmán Saa-